

# Cuaderno abierto

Por Antonio PEREIRA

Con la facilidad que tenemos los miopes para la letra pequeña, lo que a la edad de los espacios cortos -donde habitan los libros y los sueños- nos coloca con ventaja sobre los présbitas, atisbaron mis ojos el nombre de Papalaguinda en el último boletín del Hilo Musical. Están dando una serie antológica de cuentos, y resulta que una de las piezas prometidas se titula como nuestro paseo ribereño del Bernesga, tan próximo a mi vida y andares. Papalaguinda debe de ser topónimo sin parentesco con ningún otro de por esos mundos, porque siempre que alguien lo escucha o lee por primera vez, lo acoge con mucha curiosidad. Yo me declaro testigo frecuente, desde que en mi correspondencia más personal y literaria lo empleo por extensión, aun a sabiendas de que la hilera de casas que comienzan en Guzmán y terminan en la Plaza de Toros tienen su «número de policía», como se dice o se decía administrativamente, en la avenida de la Facultad de Veterinaria. Que merece mis mayores respetos.

Creo que una de las primeras respuestas a mi pequeña heterodoxia postal me llegó hace veinte años, bajo un membrete de carta que rezaba: «El General Benavides». Nuestro poeta de La Bañeza me felicitaba por conservar el antiguo nombre, y me contaba sus recuerdos de «cuando era Alférez Abanderado de ese Regimiento, pues mis camaradas y yo paseábamos allí con las chicas; y algún verso mío debió nacer, humildemente, entonces... ». Luego me llegaron alusiones y glosas inestimables. El patriarca gallego don Ramón Otero Pedrayo. Gerardo Diego, que ya por los años cuarenta había sentido la fascinación de una calle leonesa, la cremeriana Puertamoneda. Jorge Guillén, que sigue mandando correos donde no sólo viene trazada a mano la carta, pero también el sobre cuidadoso: «¡Papalaguinda. Cada vez que escribo ese nombre, siento no conocer esa calle y me gusta encontrar en esas sílabas, Pa-pa-la-guin-da, yo no sé qué irónico regocijo! ¡Qué felicidad vivir ahí, y así». Y eso que el gran poeta del 27 escribe desde el sol de Málaga.

Pero estábamos en lo del cuento que venía anunciando, con la indicación de que pertenece a una colección juvenil de Labor. De manera que fui a una librería y me entregaron un volumen, que se titula *Cuentos populares españoles*. Al autor o recopilador se le nota con voluntad niveladora, distribuyendo las historias según un orden alfabético (y pre-autonómico) que empieza en Andalucía y termina en las Vascongadas. A León -con·Papalaguinda- lo sitúa, ¡ay!, en Castilla la Vieja. Menos mal

que el relato tiene una cierta tersura y se sobrepone a algunos pecados veniales. Por ejemplo. El que «una tarde del mes de junio (...) poco después que el campanil de las monjas recoletas hubiese tocado a Maitines...». No es que vaya uno a escandalizarse por un lapsus litúrgico. Pero hasta al más laico de los lectores le suenan los maitines a madrugón de frailes y monjas, y jamás a esa hora del véspero en que, según esta fabulilla, el buen rey de León salía a pasear por la orilla del río llevando de la mano al pequeño príncipe, tan atrevido como revoltoso. Bueno, el señor rey le compra tres cuarterones de guindas a una pobre mujer y se guarda la fruta en los hondos bolsillos de su real gabán. Luego alecciona al delfín, que es un pesao, para que se las pida de una en una, y no antes de que lleguen en su paseata hasta la iglesia de San Claudio... Más hete aquí (como debe decirse en los cuentos) que llegan a San Claudio y Su Majestad leonesa se pone de cháchara con un cura y venga a hablar del tiempo que hace y de la guerra contra los moros. «Papá, la guinda.» «Papá, la guinda.» Que reclamaba el chico. Y con toda la razón, como el propio monarca reconoce: «Puesto que ha sido la primera vez en tu vida que has obrado con formalidad, quiero que desde hoy quede memoria de ello y que para siempre se llame este sitio Papalaguinda».

No me parece que sea un cuento popular, más bien un cuento elaborado y adrede. Hay un breve prólogo firmado por «Stella Maris». Y ya no sé más.